

nistro de la Guerra, como el que había entonces, hombre de bien, pero pacato y miedoso, Deggraves, presentó la dimisión, al ver la ordenanza rota, la indisciplina pujante, exhausto el tesoro de Guerra, los soldados en fuga, los oficiales en huelga, los clubs en permanencia, el gobierno en crisis, los alemanes y los austriacos prontos á caer unidos sobre las patrias fronteras, los primeros estadistas manchados por las calumnias que cada cual escupía sobre sus émulos; Europa coligada contra la Revolución, y Francia presa de una fiebre, cuyos espasmos se asemejaban al calor violento de una terrible agonía, gravadísima por los arrebatos de múltiples pasiones y abrasada por el fuego de un voraz incendio. Pero Dumouriez presentóse admirable sobre toda ponderación, al no amilanarse ante la desgracia y disponerlo todo para repararla, como si fuera su obra continuación de un afortunado comienzo. Importóle poco el ministro de la Guerra dimisionario y lo substituyó en seguida con otro, con el coronel Servan, diestro y valeroso, de tanto empuje como resistencia, muy devoto de la Gironda, y más devoto aún de la patria, por cuyo servicio no perdonó esfuerzo, ni desvelo, poniéndose al trabajo hasta con regocijo, tal como, si en vez de reparar un desastre horrible, tuviese que recoger los triunfos de una verdadera victoria. En tal adversidad propúsose tan sólo adquirir el desquite y tomar de nuevo la ofensiva saludable, no obstante el pánico de la opinión pública, más inclinada cada día en favor del triunfo, requerido de la inagotable Francia, en aquellos momentos, á toda costa y á prisa. Pero los generales, con excepción del animoso Dumouriez, no estaban de tal talante, y cuando el gobierno les pedía victorias, mandaban al gobierno diariamente quejas. Dumouriez no quería saber observaciones; quería saber actos. Rochambeau, cada día más apenado por las circunstancias, presentó su dimisión, y Dumouriez lo substituyó con Lukner, un alemán que iba contra Alemania, por no estar entonces tan clara cual hoy la idea de Nación, y no sentir los corazones aquellos el patriotismo cual ahora lo sienten todos nuestros corazones. Después de haber en lo posible tapado los agujeros abiertos en el ejército por la desgracia, pudo de nuevo Dumouriez entenderse con Lafayette, como si necesitase más revelaciones de su pensamiento y de su carácter tras tales desengaños. Y nose contentó con escribirle, mandóle cuantos recursos necesitaba en dinero, cuantos refuerzos en hombres necesitaba, consiguiendo del Cuerpo Legislativo le votase una ley disciplinaria, conducente á reavivar los afectos casi religiosos del deber y á subir de nuevo al mayor crédito posible la disciplina y la ordenanza, sin exigirle otra cosa en cambio, que antes de quince días reanudase la campaña contra Bélgica. Mas no quería escuchar tales cosas el general, midiendo la estatura de Francia por su propia estatura, y anteponiendo á la patria su persona. Bajo tales obsesiones de sus íntimas creencias, todo lo recelaba del ministro, á quien todo lo debía, y que tan extenso camino de glorias ofreciera con abnegación á sus ojos. Creíase muerto y concluído si era derrotado; siervo de Dumouriez, á él subrogado, de él dependiente, si era vencedor. Necesitadísimo de proceder con ímpetu, púsose á políti-

quear con egoísmo. No pensaba en el combate, ni en el triunfo, pensaba en el pacto con sus enemigos. Y por este pacto, aún impidiéndoles la irrupción material, dejábales una irrupción moral. No quería que profanaran el suelo patrio, pero sí que destruyeran la independencia del Estado. Los llamaba de ganas al combate, más pensando en el convenio como esos que suelen desafiarse, no por combatir, por comer después del desafío. A Lafayette no le cabía duda de que un hombre, tan excelso como Brunswick y tan en sus ideas, concluiría por libertarle, manteniendo la constitución, de los emigrados, y restaurando el orden, de los jacobinos, como si el general de las gentes invasoras no fuera enemigo suyo y fuera enemigo de sus enemigos tan sólo. Y así andaban las cosas, á su propio natural movimiento, resuelto el general á continuar en su inacción y perdiéndose ya sin remedio aquella dolorosa campaña. Conviene sondear el abismo donde cayera el ejército francés, podrido como Lázaro, para levantarse de aquella corrupción y entrar, tan transformado como radioso, en su divino Tabor.


Las derrotas primeras en las líneas fronterizas abren un período y cierran otro de la mayor importancia. Como al reunirse y dispersarse los Notables, como á la hora de penetrar en Versalles todos los representantes de las antiguas clases, como al prestar éstos su juramento en el Trinquete, como al llamarse Asamblea soberana los Estados Generales, el pueblo francés pasa de un horizonte del tiempo á otro y de una fase á otra del espíritu. Los militares de línea deberán entregar la guerra sin remedio á los militares descamisados. Las sugerencias de una inspiración súbita tendrán que seguir al saber y experiencia de la vieja táctica. Ya que la selección de los ministros, comandados por la persona del Rey, no puede libertar la patria del extranjero; ya que no vale cosa el viejo Estado Mayor; las gentes en armas no irán á las comandancias militares, irán á las civiles alcaldías, pidiendo un fusil para pelear por sí mismos y ante sí mismos bajo el sacrosanto numen de la patria. Todos estaban desconcertados; el único que no lo estaba en aquel minuto supremo, era quien mayores motivos tenía para estarlo y renegar de su enemiga estrella, Dumouriez. El se acuerda de que hay un desfiladero, el desfiladero de las Argonas, destinado á representar las Termópilas en Francia. Con la prontitud de sabia ejecución que lo distingue; con la incansable actividad de su espíritu; con la fuerza y vigor de su voluntad; mientras Brunswick á marchas lentas se dirige á su invasión, él ocupa con descamisados las agrias breñas; fortifica con barricadas y defiende con partidarios una muralla natural de cuarenta millas; intercepta las embocaduras de los valles con árboles recién caídos al golpe de sus hachas; borra los caminos favorables á sus contrarios por medio de inundaciones artificiales, traídas de los torrentes despeñados por aquellas profundísimas y oscuras cañadas; acumula cuantas dificultades puede frente al enemigo y facilita luego al patriota cuantos accesos puede hacia el bastión de los formidables peñascos; cualquier mata que pueda servir á calentar las manos alevés, profanadoras de la patria, se corta; cual-

quier planta verde, incapaz de arder ó capaz de dar un humo asfixiante para el invasor, se deja; los bosques habrán de parecerse á los bosques de Macbeth, que andan por sí solos en defensa de la independencia nacional; todas las ermitas y todas las iglesias de los pueblos tocarán á rebato con sus lenguas de bronce, y los voluntarios, que habrán salido de los antros, que no tendrán disciplina, con chuzos armados, sin camisa en el cuerpo, sin canana en los riñones, se presentarán ansiosos de morir contra el extranjero; y éste habrá de comprender á su costa, que no se halla el cuitado ante un ejército, que se halla por primera vez ante un pueblo.



CAPÍTULO QUINTO

El alma de madama Roland.

 N el período de tiempo que historiamos, desde Marzo á Septiembre del noventa y dos, ejerce un poder omnímoto la secta girondina y en la secta girondina ejerce á su vez un poder omnímoto madama Roland. Éste período puede llamarse de tránsito entre la Constituyente y la Convención, entre la Monarquía y la República; por lo cual predominaron entonces aquellos estadistas, bastante monárquicos para poder en el gobierno servir la monarquía sin desdoro y bastante republicanos para poder en el Parlamento preparar la República sin escrúpulo. Así ha pasado su política por una traición y sus jefes por unos traidores, cuando en aquellas explosiones de los siglos condensados sobre un punto del tiempo, dominaban los hechos á los individuos y á sus ideas, como las corrientes del agua en un diluvio arrastran los cuerpos y se los tragan las vorágines de un terremoto. Guardarían muchos estadistas las ideas republicanas en las telas del corazón y en los lóbulos del cerebro; pero no se atrevían á manifestarlas en público y menos á pedir las para la forma del Estado y para los métodos del gobierno mientras duró la engañosa ilusión de que los emancipados se acomodarían á la realeza tradicional y los Reyes absolutos á la democracia triunfante. Mas, así que se acabó tal hechizo y llegó el desengaño, las ideas republicanas pulularon por todas partes como por ensalmo, y surgieron los defensores de tales ideas, nunca vistos antes, como una generación espontánea. Y no hay que culpar á los históricos fundadores de la República, no hay que culparlos del camino andado en tan poco tiempo y con parti-